

Pedagogía infantil

Tatiana Afanador López.

Unas estrellas bajaron al tablero de mi salón de clases. Yo sólo podía ver en el fondo verde del pizarrón unas constelaciones de colores salpicadas con tiza blanca o, mejor dicho, con polvo galáctico. La Osa Mayor estaba hecha en papel silueta rojo y en estrellas azules de cartulina, también habían estrellas moradas formando a Orión, otras pintadas con tempera amarilla se asemejaban a Andrómeda y sólo unas pocas plateadas, hechas de papel aluminio, parecían la Osa Menor.

No era usual que el salón fuera escenario de acontecimientos celestes. Aunque de vez en cuando pasaba volando un avión de papel cuadriculado, esta vez mirar el cielo no desataría un caos entre sillas y pupitres, iba a suceder algo menos divertido: una competencia de matemáticas. La profesora, una mujer voluptuosa, caribeña, que lucía joyas tribales como una diosa vudú, había puesto detrás de cada estrella, hecha en alguno de esos papeles, una operación. Sumas y restas, divisiones y multiplicaciones estaban ocultas en las figuras de cinco puntas que adornaban el salón.

En un ritual de iniciación, como una secta de pitagóricos que creen fielmente en las proporciones numéricas de la naturaleza, uno a uno de mis compañeros fue llamado para elegir una estrella y hablar con unos y siete, con veinte y ochos e, incluso con un noventa y seis. Aquellos que pasaban la prueba se convertían en unos creyentes; nunca más volverían a dudar que $2+2 = 4$ o que es una blasfemia, un insulto para la inteligencia, multiplicar algún número por cero. Su fe casi nunca será retada.

—Yo no quiero ser así — pensé. ¡Hay que sospechar! Aunque... ¿si fallo?

Cuando fue mi turno de elegir alguna estrella, cuando estaba frente a todos esos ojos de quinto de primaria, ojos inocentes, pero cruelmente burlones, ya había, con cierta ironía, descartado las estrellas plateadas, las rojas y las azules, todas las que formaban las Osas. Un animal en el cielo tan hambriento sólo podía representar una trampa. Me incliné por Orión. ¡Iba a coger entonces una estrella morada! Mis manos no temblaban. Sin embargo, en lugar de dirigirse al tablero se fueron poseídas, por un impulso irracional, a levantar mi falda gris. Los cucos rosados de niña quedaron expuestos. Hubo, como era de esperarse risas y bullicio, pues además de las figuras geométricas existían ahora las formas femeninas inexactas, aún sin definir e incalculables.

Después de 25 años creo que levantarme la falda delante de todos los del salón 502 no fue tan absurdo; escuche que Orión, dato que era desconocido para mí en primaria, era el guerrero, un gigante que nació de los orines de Zeus, Poseidón y Hermes. La falda era mi escudo ese día. No formaría parte ni de los pitagóricos, ni de los que erraban en las respuestas a la hora de pasar al tablero. Sería del clan de los desobedientes, de los que les gustan divertirse con los -1 y prefieren ver que el resultado al elegir una estrella es semejante a π 3,14159 26535...

Como a veces en la vida el determinismo y la exactitud le ganan al azar, al juego, la diosa vudú me echo su maldición por hacer de su clase una ecuación sin resolver. No sólo me castigó al dejarme sin recreo, sino que al otro día sus poderes tribales hicieron que me gustaran las matemáticas.

